

te. Andaba en solicitud mia el que ahora es mi marido: á quien yo, la verdad, no queria mucho; pero ¡lo que es el deseo de una venganza! No tenia otro hombre de quien valerme para conseguirla, y así me decidí á casarme con él, con tal de que me vengara pronto.

Apénas mi madre se descuidó tantito conmigo, cuando le mandé razon de cuanto habia pasado, asegurándole ser suya si tomaba una satisfaccion por mí, y se daba traza de que mi honor quedase en su lugar; pero que todo habia de ser muy breve.

No se lo dijo la criada á ningun sordo, porque en la misma noche quedó hecha toda la diligencia á mi satisfaccion. Mi novio solicitó un amigo de su confianza, y entre los dos sorprendieron al viejo en la calle de los Mesones, lo metieron en un coche que para el efecto previnieron, y se lo llevaron al Egido. Allí en aquel campo desierto lo sacaron, lo amarraron á una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cocheró le dieron una vuelta tan desahorada, que por poco lo matan. A lo ménos mas de veinte dias estuvo en cama.

No paró en esto. Luego que se acabó

el cruel miserere, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedazo de papel y un tintero, y poniéndole una pistola á los pechos, le juró matarlo allí mismo si no ponía una carta á mi madre restituyéndome mi crédito, contando el pasage como fué, y pidiendo perdon de la calumnia que me habia levantado.

El triste viejo que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecerian, sin el menor recurso y bien azotado, creyó de buena fe que cumplirian su palabra si no obedecia en el instante; y así, quiso que no quiso, puso el papel como se lo dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvía ni á pasar por mi calle, porque lo habian de hacer tasajos. El infeliz viejo juró y rejuró que ni se volvería á acordar de mí. Con esto, lo llevaron hasta cerca de su casa, adonde el pobre llegaria casi arrastrándose. Ya yo no volví á saber de él.

Pues niña, ¿qué no volvió á tu casa cuando sanó? dijo Eufrosina; porque era regular que él se quisiera vengar de tu venganza. Pues ya no le quedaron esas garas, decia la chata. Lo cierto es que al otro

dia, cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor, ya tenia yo la carta en mi mano, y con esta satisfaccion le dije: Mamá, voy á vestirme, pero no para ir á ver á ese señor, sino para que nos váyamos á misa como siempre. Irá V. adonde yo la llevare, me dijo mi madre muy enojada. Pero yo le dije muy humilde: Sí señora; mas ántes será bueno que lea V. esa carta que le envia el señor D. Ciriaco, á quien no sé como pagarle los favores que le debo.

Mi madre me echó una mirada muy seria: tomó el papel y se puso los anteojos. Hemos de estar en que su merced conocia muy bien la letra y firma del viejo, como que habia sido su apoderado en cierto negocio; mas con todo eso le cogió tan de sorpresa este papel, que lo leyó mas de cuatro veces: no queria creer á sus ojos. Sacó otras firmas de él, las confrontó, y asegurándose en que la última era de la misma mano, no pudo ménos que llenarse de gusto y de ternura al ver que yo no era como habia dicho D. Ciriaco; y así echándome sus brazos, comenzó á pedirme perdon, y las dos á llorar á un mismo tiempo.

Así que nos serenamos, me preguntó que cómo habia llegado aquel papel á mi poder; y entónces yo le referí sencillamente lo que habia pasado, quién lo habia hecho, por qué interes, y la palabra que yo tenia empeñada, y que cumpliria con su licencia.

Mi madre me prometió que como el sujeto fuera á mi igual, no habria embarazo, ya porqué con aquella accion habia manifestado que me amaba, y ya porqué ella no queria verme expuesta á semejantes lances; pero miéntras, me decia su merced, tendré yo muy buen cuidado de no dejarte sola ni con un anacoreta del desierto, al fin será hombre, y no hay que fiar de nadie en esta materia miéntras vivamos en el mundo. ¿Quién habia de pensar que D. Ciriaco era un hipócrita? ¡Ah! qué bien dicen, que entre santa y santo pared de cal y canto. En fin, mi madre quedó satisfecha, yo contenta, y mi novio mas, porque ya me comenzó á visitar, confrontó con mi madre, se trató de nuestro casamiento, y se verificó muy pronto y muy á gusto.

Bastante es el que nos has dado con la graciosa aventura de tu viejo, dijo Eufro-

sina; y me acuerdo que la contaste para hacernos ver que cuando declaman contra las modas, contra los bailes y contra las mugeres compuestas, no es por virtud, sino de corage de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. Ya se vé, que tú no dirás esto tan en general.

No, ni lo permita Dios, decia la chata; ¿cómo habia yo de ser tan temeraria! Uno es uno, y otro es otro. Una cosa es la chanza, y otra es las veras. ¿Cómo hemos de dejar de conocer y confesar que hay muchos señores mayores muy honrados, y verdaderamente virtuosos, así como hay jóvenes lo mismo, que hablan contra los vicios ó por obligacion, como los padres de familia y los predicadores, ó por caridad y en clase de consejo como ahora el señor cura y tu cuñado? De todo hay, y yo solo hablo de los viejos verdes, hipócritas y mezquinos que quieren hacer de la necesidad virtud, que con los buenos no me meto ni quiero oirlos, porque no me acomoda que me asusten. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha, y me gusta la moda, los bailes, el coliseo, los toros, la Orilla, la Alameda, y todo cuanto hay, y tengo dinero, y no

me he de enterrar en vida, sino que he de pasear, y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé, y no me quise meter á capuchina.

Bien hayas tú, niña, decia Eufrosina; bien hayas tú que eres de mi modo de pensar. Nos divertiremos ahora que somos muchachas y tenemos con qué, que mañana seremos viejas y tal vez pobres, y no habrá ni quien nos dé la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cuñado; pero no es menester mas para que comience á predicar.

Luego me dice: Sí, todo se puede hacer, pero con orden, sin escándalo, sin profanidad, sin desperdicio; porque ese dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bureos, al fin hace falta á la familia. Llegará tiempo en que muchos hijos desearrán para carneros lo que sus padres han tirado en toros. . . . De que mi hermano se suelta por este tono, no hay quien lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

Y eso es lo que debemos hacer, decia la chata, porque los hombres son fatales y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso.

Mi marido es un Juan Lanas que no me mortifica demasiado; sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña, porque él quiere criarlos de un modo, y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten, traveseen, que coman cuanto hay y á los horas que quietan; y él siempre anda riñendo porque ya uno se rompió la cabeza, porque el otro está empachado, porque aquel es soberbio, porque este es vengativo; y así por todo.

Yo luego le digo: Déjalos, hombre, que hagan lo que quieran; estan en su edad, y es fuerza dar tiempo al tiempo: no pueden ellos comenzar por donde nosotros acabamos, son muchachos, &c.; pero nada me vale: al señor no le entran puntas. Mira tú, que si alguna cosa me desespera, es oír llorar á un muchacho. ¡Caramba! que por no verlos abrir el huacal, era yo capaz de darles mi camisa. y por esto me sucedió el otro dia una mano bien pesada.

No sé como diantres vió Luisillo la repetición de su padre, que se le olvidó so-

bre la mesa. Inmediatamente comenzó á llorar por el tintin: á los principios se lo escondí; pero tanto lloró y tanto me molió, que por fin se lo dí, creyendo que no le habia de hacer nada; pero no fué así, porque en un descuido se le cayó de la manita, y se le hizo pedazos.

Consideren ustedes qué habria en casa luego que vino el señor y supo la avería de su relox, que estimaba sobre las niñas de sus ojos; y tenia razon, porque en efecto era bueno, de música y con mil curiosidades. Un veneno se volvió el hombre contra mí. Esa es mucha indolencia, me decia, y mucho consentimiento. Así se educan los muchachos licenciosos, soberbios y malcriados, enseñándose á salirse con cuanto quieren, sea justo ó injusto. ¿Qué respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran y no lo que tú les mandas? Ahora dices que son chiquitos y no saben lo que hacen; pero lo cierto es, que los muchachos saben mas de lo que tú piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren: estan acostumbrados á que por no oírlos les den gusto, y

por eso lloran y mas lloran hasta que lo consiguen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, mas que amor es tiranía, pues así se hacen soberbios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y poco sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices miétras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mugeres sin honor, no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Luis como hasta aquí, que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el relox, de grande te romperá la cabeza. Aun no tiene malicia, y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro dia por los imposibles; conque sigue, sigue malcriándolo, que tú lo llorarás.

Tal fué el sermon que me echó mi buen marido, que los echa largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso aguantárselo hasta la bendicion, porque estaba el hombre muy enojado por su relox.

Y se enojó con justicia á mi entender, dijo Camila. ¿Qué fué eso de los imposibles?—Cosas de los muchachos, contestó la chata. Mira tú que el otro dia empezó

Luis á llorar porque queria jugar con mi hilo de perlas; y tanto me molió, que hasta que se lo dí, y al dárselo le dije: Toma, que un dia eres tú capaz de querer imposibles. ¿Quién se volvió á acordar de semejante expresion? Pues cátrate ahí, que cuando ménos pensé comenzó á llorar otra vez con mas fuerza, y á pedir los tales imposibles. Le dábamos dulces, bizcochos, fruta y cuantas golosinas habia en casa ó pasaban por la calle; pero no habia modo de callarlo, porque como todo lo conoce, no se la podian pegar. Este es dulce, decia, estas son rosquitas, estas son peras; yo quiero imposibles, yo quiero imposibles, denme imposibles. Ya me desesperaba yo, no sabiendo cómo contentar ó qué darle al maldito muchacho para que se callara, hasta que la costurera advirtió darle una cosa que no hubiera comido, y en el aire nos acordamos de esos frijoles gordos que llaman ayacotes, los que él no habia visto en su vida.

Al instante fué una criada á buscarlos á los bodegones, y no paró hasta que los encontró y los trajo. Los peló en el momento, y se los dimos secos y con sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que ha-

bia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo seria mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entónces me levanté con disimulo y me fuí á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

CAPITULO IV.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y pre-

guntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora D.^a Eufrosina y sus visitas. Esto excitó su curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no lo podia agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento, especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porque el niño no habia de llorar sin que se le complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que lo cuidaba, diciéndole que por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso